

Nueva Sociedad Nro. 148 Marzo-Abril 1997, pp. 84-97

# ESTADOS UNIDOS Y LA DIRECCIÓN DEL MUNDO

Benjamin Schwarz

Benjamin Schwarz: editor ejecutivo de *World Policy Journal*, Nueva York.

Palabras clave: Política internacional, Guerra Fría, bloques mundiales, EEUU.

## Resumen:

La Guerra Fría terminó y Estados Unidos se tambalea bajo el peso de una deuda colosal y una acumulación de problemas sociales alarmantes. Sin embargo, sigue gastando miles de millones en proteger a Alemania y Japón, dos naciones ricas cuya libertad no está en peligro evidente. ¿Por qué? He aquí la respuesta que la elite de la política exterior daría si se atreviera a hablar francamente sobre el delicado tema de los esfuerzos de EEUU por mantener su control económico y político a nivel internacional.

Varios años atrás, en vista del fin de la Guerra Fría, el gobierno de Clinton emprendió una «revaluación fundamental» de las necesidades de seguridad nacional de Estados Unidos. Luego de seis meses de análisis, funcionarios gubernamentales llegaron a la conclusión de que la defensa de los intereses globales de EEUU requería todavía un gasto militar de más de 1,3 billones de dólares en los próximos cinco años, amén del mantenimiento de un contingente permanente de más de 200.000 soldados estadounidenses en Asia oriental y Europa: en otras palabras, una estrategia notablemente similar a la de la Guerra Fría. Más aún, en lugar de abandonar costosas y peligrosas responsabilidades disolviendo alianzas de la época de la Guerra Fría, los estrategas estadounidenses de defensa están planeando extender las responsabilidades de la OTAN hacia el Este. Quienes abogan por un plan más moderado indican que esta estrategia parece ser una extravagancia hija de la paranoia, o de la ansiedad de las instituciones de Defensa por proteger su presupuesto. De hecho, dada la forma en que los artífices de la política exterior estadounidense han definido los intereses americanos desde finales de los años 40, estos planes son muy prudentes; y este es el problema.

Si hace diez años le hubieran preguntado a muchos norteamericanos la razón para la presencia de tropas estadounidenses en Asia oriental y Europa, habrían respondido «para que los soviéticos no pasen». Pero es posible que se preguntaran por qué EEUU persistía en esa estrategia cuando ya Japón, Corea

del Sur y Europa occidental podían defenderse por sí mismos desde hacía tiempo. Y ahora que la Unión Soviética desapareció, ¿por qué Washington sigue insistiendo en que todavía es indispensable el «liderazgo» estadounidense en Asia oriental y Europa?

Si se le pregunta a los miembros del Consejo Nacional de Seguridad, a los analistas de los centros de investigación o a los planificadores de políticas del Departamento de Estado sobre el cinturón de compromisos de seguridad norteamericanos que circunda el planeta, darán respuestas diferentes. Respuestas que no han cambiado en 45 años. Justificarán la *Pax Americana* invocando «el imperativo de un liderazgo estadounidense continuado», la necesidad de «formar un ambiente internacional favorable», de «tranquilizar a los aliados», y la actual necesidad de «estabilidad» y de un «compromiso continuo». Posiblemente ni siquiera durante la Guerra Fría habrían mencionado «la amenaza soviética».

El interrogante que todas esas justificaciones pasan por alto es qué es exactamente el «liderazgo» y por qué eso ha sido el mantra de los *conoscenti* de la política exterior durante casi medio siglo. ¿Qué es lo que hemos estado haciendo alrededor del mundo, y por qué?

La mayoría de los norteamericanos malinterpreta la política exterior de su país. Parece como si esa política operara solamente cuando asoma «el peligro»: cuando Irak invade Kuwait, cuando «el imperialismo» ruso amenaza con resurgir, cuando China blande la espada ante Taiwán. Incluso gente que lee la prensa religiosamente todos los días no logra ver que la política exterior de EEUU es algo más que una simple serie de respuestas a las crisis.

A manera de ejemplo, las informaciones de prensa sobre las tensiones recurrentes en la península coreana se centran en especulaciones sobre el programa nuclear de Corea del Norte y en la perspectiva de una nueva guerra coreana. Pero cuando funcionarios y expertos del área de política exterior discuten entre ellos la crisis coreana, rápidamente se desentienden de los coreanos para ocuparse de los verdaderos actores de la región: China y Japón. En lo que respecta a los expertos en seguridad nacional, prácticamente cada crisis perentoria se inscribe en una amenaza mayor –en este caso nada menos que el papel de Asia oriental en el potencial colapso de la economía internacional que el poderío estadounidense ha estado sosteniendo desde finales de los años 40.

Ahora se ha vuelto un axioma de los altos círculos de la política exterior norteamericana que los cambios económicos, tecnológicos y demográficos están convirtiendo a Asia oriental en el escenario más dinámico del mundo, una fuerza impulsora –cada vez más la fuerza dominante– de la economía internacional. El Siglo del Pacífico comenzó, nos dicen *ad nauseam*, y esa transformación significa también un cambio en la distribución del poder militar y

político. En una evaluación típica del futuro estratégico de Asia oriental, el experto en política exterior Aaron Friedberg afirma sombríamente en *International Security*: «A largo plazo parece mucho más probable que Asia [antes que Europa] sea la arena de conflicto entre superpotencias. El medio siglo en el que Europa fue la engendradora primaria de guerra (al igual que de riqueza y conocimientos) está llegando a su final. Pero, para bien o para mal, el pasado de Europa podría ser el futuro de Asia».

La aseveración de Friedberg ilustra muy bien la ambivalencia que reina en las esferas de seguridad nacional estadounidense al juzgar el futuro de Asia oriental. Friedberg predice un vivificante Siglo del Pacífico, al tiempo que le advierte a Occidente que el Este puede estar tramando algo otra vez.

La diplomacia estadounidense nunca ha tenido mucho éxito en Asia oriental. Sin duda alguna hay toda una serie de razones para eso, y con seguridad la falla que continuamente se le echa en cara a EEUU –la miopía cultural e histórica– ha contribuido enormemente a sus fracasos en la región. Los norteamericanos jamás han visto a Asia oriental como lo que es, sino como lo que puede hacerle a ellos o por ellos: la región es o bien un peligro o una oportunidad; o un nuevo «campo de guerra en Asia» o un nuevo mercado chino. En palabras del historiador Bruce Cumings, la visión que EEUU tiene de Japón, por ejemplo, está atrapada entre ideas contradictorias de esa nación como «milagro y amenaza, dócil y agresiva, frágil capullo y Rosa de Tokio». Tal como lo atestigua el análisis de Friedberg, la comunidad de la política exterior estadounidense teme que el frágil capullo pueda abrirse nuevamente en una Rosa de Tokio.

Por lo general la retórica sobre el Siglo del Pacífico describe esta nueva era en un contexto «post-Guerra Fría». Esto es una equivocación, porque parte del punto errado. En primer lugar, el cambio en la actividad económica no ha sido súbito. Aun si Asia oriental surgió en la mente americana justo cuando la URSS se alejaba, definir la transformación económica y geopolítica de Asia oriental como un fenómeno post-Guerra Fría americaniza y trivializa una evolución en política internacional (no norteamericana) de un impacto mucho mayor que la misma Guerra Fría. Aunque Vietnam, China y Corea del Norte fueron capaces de contener durante 40 años la ambición «guerra fría» norteamericana de «hacer retroceder» el comunismo, ahora se están mostrando absolutamente incapaces de contener la fuerza inexorable e irresistible de la economía política capitalista de Asia oriental. Lo que es más importante, implicar que el fin de la Guerra Fría es de importancia primordial para la política estadounidense en Asia oriental es sacar esa política de su contexto más importante y distorsionar sus objetivos y retos subyacentes.

Lo que nosotros consideramos como «la Guerra Fría» fue meramente instrumental en la estrategia «guerra fría» más amplia de EEUU. Al «asustar terriblemente a los americanos», como lo dijo el senador Arthur Vanderberg en 1947, la rivalidad soviética-estadounidense ayudó a asegurar el apoyo nacional

para las ambiciones de Washington de crear un orden mundial dominado por EEUU. En el mismo año uno de los colegas de Vanderberg, el ferviente anticomunista Robert Taft, expresó una fuerte sospecha de que los supuestos peligros para la nación, provenientes de la URSS, no lograban explicar la nueva política exterior de EEUU. Taft se quejó de que estaba «más que un tanto cansado de que se invocara la amenaza rusa como una razón para hacer cualquier –y cada– cosa que podría o no ser deseable o necesaria por sus propios méritos». El exsecretario de Estado Dean Acheson puso las cosas en la perspectiva correcta: en 1954, al describir la forma en que Washington venció la oposición interna a sus políticas internacionalistas en 1950, recordó que en el momento crítico la crisis de Corea «vino y nos salvó».

### Un sitio seguro para el capitalismo

Un objetivo fundamental de la estrategia norteamericana de la Guerra Fría fue crear y mantener lo que el ex-secretario de Estado James Baker llamó «un régimen económico global liberal»: es decir, un orden mundial capitalista. Después de la Segunda Guerra Mundial, los estadistas norteamericanos creyeron que EEUU, erguido solo y fuerte en un mundo de naciones fatigadas, tenía una extraordinaria oportunidad de, como lo expresó Acheson, «apoderarse de la historia y conformarla». La dirigencia norteamericana aprovechó esta oportunidad creando una estrategia compleja para materializar el sueño de Adam Smith. Washington visualizaba una economía mundial en la cual el comercio y el capital fluirían a través de las fronteras nacionales en respuesta a las leyes de la ventaja comparativa y de la oferta y la demanda –una economía en la cual la producción y los asuntos financieros estarían integrados en una escala global. Los contraídos mercados nacionales que estaban surgiendo en Europa y Asia oriental después de la devastación de la Segunda Guerra Mundial se combinarían, eliminando las ineficacias del estatismo y la autosuficiencia. Las economías regionales de gran escala se integrarían una tras otra a una economía mundial interdependiente. Los responsables de la política sabían que construir esta comunidad capitalista multinacional requería que EEUU suministrara ayudas económicas enormes a Europa occidental y Japón (mediante esquemas como el Plan Marshall para Europa, y el Plan Dodge, su equivalente, para Japón), de manera que esas áreas no retrocedieran a economías cerradas. También sabían que una economía mundial abierta demandaba un proyecto americano todavía más ambicioso: la transformación de las relaciones internacionales.

Ellos pensaban que el mayor peligro para la democracia y la prosperidad estadounidenses provenía, no de la URSS, sino de Alemania y Japón, cuya fuerza potencial representaba una especie de *Catch-22*. Sin una economía mundial floreciente, advirtió el subsecretario de Estado Will Clayton en 1947, «nuestro sistema democrático de libre empresa» no podría funcionar. Para 1960 las exportaciones norteamericanas significaban solamente el 3,8% del PBI y las importaciones el 4,8%. Desde este discutible punto de vista, la salud

de la economía dependía de la resurrección económica de Alemania y Japón. Si se resucitaba la economía de Alemania, este país podría volver a ser nuevamente el productor más eficiente de Europa y el consumidor más ávido. Sin embargo, su propio potencial económico convertía a Alemania en una amenaza para los otros países de Europa occidental, que, como el futuro secretario de Estado Foster Dulles explicó frente a un panel del Senado en 1949, «tenían miedo de llevar a ese grupo de personas fuerte, poderoso y altamente concentrado a unirse con ellos». Al igual que Dulles, Acheson y otros responsables de la política entendían que un Japón fuerte era necesario para un orden internacional próspero, pero también era intolerable para sus vecinos. El problema estaba en la contradicción inherente entre capitalismo y política internacional.

Las economías capitalistas prosperan más cuando el trabajo, la tecnología y el capital son fluidos, de manera que se mueven hacia la integración internacional y la interdependencia. Pero si bien todos los Estados se benefician positivamente en una economía internacional abierta, algunos lo hacen más que otros. En el curso normal de la política mundial, en donde los Estados se ven impelidos a competir por su seguridad, la distribución relativa del poder es la principal preocupación de cualquier país, desalentando la interdependencia económica. Hace 250 años el filósofo David Hume deploraba la falta de cooperación económica entre los países, culpando a las «mezquinas malignidad y envidia de las naciones que nunca pueden soportar ver a sus vecinos prósperos, y se afligen continuamente ante cualquier esfuerzo nuevo hacia la laboriosidad hecho por cualquier otra nación». En sus esfuerzos por asegurar una distribución del poder a su favor y a costa de rivales potenciales o reales, un Estado «nacionalizará» –es decir, seguirá políticas autárquicas, practicando el capitalismo sólo dentro de sus fronteras o entre los países de un bloque comercial. Esto circunscribe tanto los factores de producción como los mercados, y por lo tanto fragmenta una economía internacional.

Probablemente sea imposible lograr una economía verdaderamente internacional. De hecho, como lo dijo el economista político, Robert Gilpin, «lo que hoy en día nosotros llamamos interdependencia económica internacional va tan en contra del grueso de la experiencia humana que solamente cambios extraordinarios y circunstancias novedosas pudieron haber conducido a su evolución y triunfo sobre otros medios de intercambio económico». Históricamente, para resguardar el capitalismo internacional, una potencia predominante debe garantizar la seguridad de otros Estados, de manera que éstos no tengan que seguir políticas autárquicas o formar bloques comerciales para mejorar sus posiciones relativas. Esa suspensión de la política internacional a través de la hegemonía ha sido el objetivo fundamental de la política exterior de EEUU desde los años 40. La verdadera historia de esa política no tiene que ver con bloquear y derrotar la amenaza soviética, sino con el esfuerzo para imponer la propia visión económica a un mundo recalcitrante.

## Cultivando –y limitando– el frágil capullo

El objetivo predominante de la política estadounidense de la posguerra en relación con Asia oriental fue restablecer el poder económico de Japón. Sin duda eso ayudaría a inmunizar la región contra la expansión del comunismo: pero Acheson y los demás creadores del Siglo Americano pensaban que ese objetivo era vital en sí mismo, independientemente de la amenaza soviética. Tal como lo afirman diversos historiadores<sup>1</sup>, al intentar crear un sistema económico global Washington siguió un rumbo ideado en esencia para restablecer la mayor esfera de co-prosperidad de Asia oriental: la economía regional del Japón imperial que EEUU acababa de destruir en la Segunda Guerra Mundial. En palabras de Acheson, para que ayudara a fomentar la economía mundial Japón tendría que ser «el taller de Asia». Los planificadores norteamericanos de la posguerra veían la política económica que se había desarrollado en Asia nororiental desde alrededores de 1900 hasta 1945 como la economía natural de la región: un sistema tripartito en el cual Japón, con el acceso a los mercados y materias primas del continente, formaba el núcleo industrial, y sus vecinos formaban la periferia y semiperiferia económica. A medida que Japón avanzó en el ciclo de producción, escalando los peldaños tecnológicos, transfirió a sus vecinos sus industrias de baja tecnología y bajos salarios.

En los últimos años de la década de los 40 y durante los 50, EEUU básicamente reconstruyó este sistema: pero la máquina no podía funcionar sin ayuda. Washington tuvo que asegurarse de que los vecinos de Japón se sintieran políticamente seguros en la jerarquía regional presidida por éste. Washington también tuvo que asegurarse de que –como en el pasado– la jerarquía no evolucionara en un bloque económico cerrado dirigido por Japón, que pudiera amenazar la economía mundial. El **NSC 48**, que fue el proyecto básico del Consejo Nacional de Seguridad estadounidense para la estrategia de posguerra en Asia oriental en 1949, recapitulaba los principales obstáculos para las metal económicas de Washington en la región (y alrededor del mundo). Comenzando con la premisa de que «la vida económica del mundo moderno se acomoda a la expansión», solicitando «el establecimiento de condiciones favorables a la exportación de tecnología y capital y a una política comercial liberal en todo el mundo», los autores del **NSC 48** continuaban con la advertencia de que «la complejidad del comercio internacional hace que sea bueno tener en mente que asuntos tan efímeros como el orgullo y la ambición nacionales pueden inhibir o impedir el grado de cooperación internacional necesario o el desarrollo de un ambiente y condiciones favorables para promover la expansión económica».

El distinguido historiador y diplomático Gotge Kennan, para la época jefe del equipo de planificadores de la política del Departamento de Estado, veía solamente una solución para lo que describió como «el terrible dilema» que

---

<sup>1</sup> William Borden, Bruce Cumings, Ronald McGlothlen y Michael Schaller.

enfrentaban las ambiciones de los EEUU en Asia oriental. Casi medio siglo más tarde Washington aún sigue esa línea de acción:

Tenemos el terrible problema de cómo van a progresar los japoneses a menos que reinicien algún tipo de imperio hacia el sur. ... Está claro que tenemos que ... lograr abrir posibilidades mercantiles y comerciales para Japón en una escala muchísimo mayor que cualquier cosa que este país haya conocido antes. Es una tarea formidable. Por otra parte, creo absolutamente inevitable que debemos mantener el conjunto de controles marítimos y aéreos como un medio ... de conservar el manejo de la situación frente a [los] japoneses por cualquier eventualidad ... [Es] todavía más imperativo que conservemos la capacidad de controlar su situación a través de las fuentes exteriores de suministro y el poderío naval y el poderío aéreo sin los cuales [Japón] no puede tomarse agresivo de nuevo. ... Si en el mundo occidental pudiéramos realmente desarrollar controles, pongo por caso, lo suficientemente aptos y lo suficientemente a prueba de impericia y ejercidos con la suficiente habilidad para tener realmente poder sobre lo que Japón importa en términos de petróleo y productos similares que tiene que obtener del exterior, tendríamos poder de veto sobre lo que verdaderamente necesita en el campo militar e industrial.

Al encargarse de la seguridad de Japón y envolver su política exterior y militar en una alianza controlada por EEUU, los norteamericanos han contenido a su antiguo enemigo, impidiendo que su «socio» se dedique a actividades militares y políticas independientes –y por lo tanto, según su criterio, peligrosas. Al refrenar a su poderoso aliado, y para usar un eufemismo que gusta en los círculos de determinación de políticas, Washington ha «tranquilizado» a los vecinos de Japón, estabilizando las relaciones entre los Estados de Asia oriental. Estados Unidos desempeñó el papel decisivo en la integración de Tokio con sus antiguas colonias en las redes comerciales regionales, centradas en Japón, que han sido la base del «milagro» económico de Asia oriental. Corea del Sur y Taiwán, por ejemplo, superaron sus temores y resentimientos y abrieron sus puertas a las inversiones japonesas y al comercio con ese país.

En una serie de reveladoras entrevistas, publicadas en 1970, Eugene Rostow, antiguo subsecretario de Estado, se vio obligado a explicar las motivaciones subyacentes en la política exterior estadounidense en general y en relación con Vietnam en particular. Dejó ver la persistente y profunda desconfianza que sienten los encargados de la política estadounidense hacia cualquier Estado poderoso que pudiera tener un papel más independiente que el asignado por EEUU en la política mundial. En una época en que EEUU estaba involucrado en Asia sudoriental aparentemente para atajar el comunismo internacional, Rostow admitió que creer que «la principal preocupación –al menos mi mayor preocupación– en este miserable asunto es el impacto de largo plazo que tendría un retiro [de EEUU] de la política japonesa». Explicó que «después de que los japoneses perdieron la guerra llegaron a ciertas conclusiones, la principal fue que era infinitamente mejor cooperar con EEUU que seguir una trayectoria hostil, militarista. Ahora nos interesa mucho demostrar que esa decisión era la correcta». Rostow prosiguió diciendo que si EEUU se retirara abruptamente de Vietnam, «creo que los japoneses sacarían ciertas

conclusiones... Y creo que su política tomaría un tono mucho más nacionalista... Creo que la primera cosa que sucedería sería que no ratificarían el Tratado de No Proliferación Nuclear. Se sentirían apremiados a convertirse en potencia nuclear». Eso pondría en peligro el imperativo de que América preserve «un mundo de horizontes amplios por donde podamos andar libremente y comerciar y viajar en gran escala».

### **EEUU como garante supervisor**

La política norteamericana de la Guerra Fría se comprende mejor no por sus palabras que incluyen «comunismo», sino por sus hechos que incluyen aliados. Washington se comprometió a construir y mantener un orden económico y político internacional basado en lo que los personeros de la época denominaban una «preponderancia del poder» estadounidense. Al proscribir la política de la fuerza y las rivalidades nacionales, las alianzas de EEUU en Asia oriental y Europa durante la Guerra Fría de hecho protegieron de sí mismos a los países de esas regiones. Estados Unidos no ha sojuzgado colonias, pero al igual que Gran Bretaña en el siglo XIX ha construido un orden político internacional estable y se ha beneficiado económicamente de él.

Al construir esa economía global EEUU hizo realidad lo que Lenin llamó «la fabulita tonta de [el socialista alemán Karl] Kautsky sobre el ultraimperialismo». En el célebre debate entre Lenin y Kautsky, aquél sostuvo que cualquier orden capitalista internacional era implícitamente temporal, de donde el orden político entre los Estados competidores cambiaría con el tiempo. Lenin afirmaba que, por lo tanto, el capitalismo internacional no podría trascender la realidad hobbesiana de la política internacional, mientras Kautsky sostenía que los capitalistas eran demasiado racionales para destruirse entre sí en conflictos mortíferos. Una clase internacional de capitalistas esclarecidos, reconociendo que la competencia política y militar internacional trastornaría los procesos ordenados de finanzas y comercio mundial, buscaría más bien la paz, el libre comercio y el desarrollo cooperativo de las áreas atrasadas.

Pero Lenin y Kautsky estaban hablando idiomas diferentes, pues Kautsky creía que el interés común de lo que él llamaba «la clase intercapitalista» determinaba las relaciones internacionales, mientras que en el análisis de Lenin las relaciones internacionales se basaban en la competencia entre los Estados y no en las clases sociales. Lenin argumentaba que había una contradicción irreconciliable entre el capitalismo y el sistema internacional; Kautsky ni siquiera reconocía esa división.

La política exterior norteamericana se ha basado en un híbrido de los análisis de Lenin y Kautsky. Su objetivo ha sido la comunidad capitalista liberalizada y unificada que visualizaba Kautsky; pero el rol global que se adjudicó EEUU para mantener esa comunidad está determinado por una visión del mundo muy similar a la de Lenin. Para Washington, el «régimen económico liberal mundial»



de Baker no se mantiene simplemente porque una elite económica internacional izada desee que exista; sólo el poder de EEUU puede mantenerlo. Por esa razón, en 1993, al explicar su estrategia global (en su estrategia de defensa «post-Guerra Fría») lo que el Pentágono definió como «tal vez el logro más significativo de nuestra nación desde de la Segunda Guerra Mundial» no fue la victoria sobre Moscú, sino la creación de «una zona de paz y prosperidad, mayormente democrática, orientada al mercado y floreciente, que abarca más de dos tercios de la economía mundial». Y también declaró que este orden capitalista global necesitaba la «estabilidad» que sólo el «liderazgo» norteamericano podía proporcionar. A la postre los diseñadores de la política estadounidense y Lenin difieren, por supuesto. Mientras Lenin reconocía que por naturaleza ningún orden político internacional podía ser permanente, los estrategas de la política exterior estadounidense tienen la esperanza de mantener permanentemente a raya la realidad de la política internacional.

Aunque la Guerra Fría ya terminó, lo que Anthony Lakes, asesor del Consejo de Seguridad, llama «el imperativo de un continuo liderazgo mundial de EEUU» (como, por ejemplo, el que ejerce EEUU en sus alianzas en Asia oriental y la OTAN) sigue siendo necesario para mantener una economía global. El ahora desacreditado borrador de Plan de Defensa del Pentágono, *Defense Planning Guidance*, que se filtró al *The New York Times* en 1992, le dio al público una visión breve y sin precedentes de los criterios que inspiran la estrategia de seguridad de Washington, simplemente al exponer en un lenguaje bastante poco diplomático la lógica tras la estrategia estadounidense de la Guerra Fría. Estados Unidos, se indicaba, debe continuar dominando el sistema internacional, «disuadiendo» así a «las naciones industrializadas avanzadas de desafiar nuestro liderazgo o ... incluso aspirar a un mayor papel regional o global». Para lograrlo, América tiene nada menos que «conservar la responsabilidad preeminente de enfrentar ... aquellos males que amenacen no solamente nuestros intereses, sino también los de nuestros aliados o amigos, o que pudieran trastornar seriamente las relaciones internacionales».

En otras palabras, EEUU debe proporcionar lo que uno de los autores del *Planning Guidance* denominó «supervisión adulta». No sólo tiene que dominar regiones compuestas por Estados ricos y tecnológicamente sofisticados, sino que también tiene que ocuparse de molestias tales como Sadam Hussein, Slobodan Milosevic y el dictador de Corea del Norte, Kim Jon Il, para proteger los intereses de virtualmente todas las grandes potencias eventuales, de modo que éstas no necesiten adquirir la capacidad de protegerse a sí mismas –es decir, para que esas potencias no tengan que actuar como grandes potencias. Es así, por ejemplo, que EEUU tiene que proteger el acceso de Alemania y Japón al petróleo del Golfo Pérsico, porque si esos países tuvieran que proteger sus propios intereses en el Golfo desarrollarían fuerzas militares capaces de una «proyección de poder» global. No resulta raro, entonces, que EEUU tenga que gastar más en su «seguridad nacional» que todos los demás países del mundo juntos. Esta estrategia post-Guerra Fría refleja lo que el historiador

Melvyn Leffler definió como un imperativo de la política «guerra fría» de seguridad nacional estadounidense: «no se debe permitir que una Europa integrada, una Alemania unida o un Japón independiente surjan como una tercera fuerza».

Únicamente en este contexto es posible entender cabalmente las preocupaciones de Washington en cuanto a los acontecimientos actuales en Asia oriental. En 1993, por ejemplo, Alberto Coll, para entonces adjunto del secretario de Defensa, aclaró los objetivos de EEUU en esa región: «En el futuro» declaró Coll en *Washington Quarterly*, «la estabilidad de la Cuenca del Pacífico y una firme relación entre EEUU y Japón serán más importantes que nunca antes para EEUU. La economía estadounidense necesita los vastos mercados de la costa del Pacífico, y se beneficia enormemente del capital de inversión y la tecnología japoneses y del estímulo para una mayor productividad que proporciona la competencia Japonesa».

Conforme a Coll todos esos beneficios se perderían si «las rivalidades tradicionales entre las potencias asiáticas ... se desatan en competencia militar, conflicto y agresión desenfrenados». En el mismo espíritu, el autor de la estrategia de seguridad en la administración Clinton para Asia oriental, Joseph Nye, para entonces subsecretario de Defensa, afirmó el año pasado que el protectorado militar estadounidense es «la base de la estabilidad y prosperidad en la región»; si EEUU abandonara su «papel de líder» en Asia oriental, «se trastornarían las expectativas firmes de empresarios e inversores». Aunque EEUU envió fuerzas a Japón ostensiblemente para protegerlo de los soviéticos, y a Corea del Sur para protegerla de Corea del Norte, en 1993 el secretario de Defensa suplente, William Perry (después secretario de Defensa) declaró que se seguiría tranquilizando y estabilizando al Asia oriental, manteniendo tropas «permanentemente» en Japón e incluso en una futura Corea unificada.

### El regreso de la teoría del dominó

Para Washington, Asia oriental es todavía un sistema de dominós propenso a caer. La «renacionalización», un término utilizado por los conocedores para referirse a la reanudación de la política internacional, podría comenzar virtualmente en cualquier parte y se extendería rápidamente. En uno de los muchos escenarios de pesadilla desarrollados por Aaron Friedberg uno casi puede llegar a oír el barullo de las fichas cayendo: «La nuclearización de Corea (sea del Norte, del Sur, por reunificación o por programas armamentistas competidores) podría llevar a una situación similar en Japón, lo que podría hacer que China acelerara y expandiera sus programas nucleares, lo que a su vez tendría una repercusión en las políticas de defensa de Taiwán, la India (y a través de ella, Paquistán) y Rusia (que también se vería afectada por los acontecimientos en Japón y Corea) ... Ondas de choque similares podrían también viajar por el sistema en direcciones diferentes (por ejemplo, desde la India a China, de allí a Japón, a Corea)».

Friedberg y otros analistas de la seguridad nacional pintan un cuadro igualmente tenebroso para Asia sudoriental en el caso, por ejemplo, de que Japón emprendiera una escalada de su potencial militar en respuesta a una reunificación de Corea. La reacción de Japón alarmaría a China, el coloso en surgimiento que los planificadores de defensa estadounidenses están considerando ahora como la amenaza potencial más seria a largo plazo para la posición internacional de EEUU. China aceleraría el desarrollo de sus fuerzas de «proyección de poder». Eso alarmaría a Corea, Taiwán y Japón –y también a Indonesia, Malasia, Singapur y Vietnam. Sus respuestas defensivas aumentarían la inquietud de China.

Desde la perspectiva de Washington esos acontecimientos tendrían uno de dos resultados posibles, cualquiera de los cuales haría pedazos la economía global: anarquía internacional o un dominio regional de China o Japón, que para los estrategas de la política conduciría inevitablemente a un bloque comercial regional. En 1992, al exponer razones en favor del mantenimiento del liderazgo estadounidense en sus alianzas de la Guerra Fría, un alto funcionario del Pentágono preguntaba: «Si nos retiramos, quién sabe qué exabrupto podría producirse». Por supuesto, el problema está en que EEUU no puede saberlo. Y de acuerdo con esa lógica, siempre tiene que quedarse.

Para EEUU, el mejor cambio en Asia oriental es que no haya cambio alguno, ya que cualquier alteración en el *status quo* podría iniciar la caída de los dominós. Y si va a haber cambio, Washington –no Tokio ni Beijing– debe dirigirlo. Permitir otra cosa emitiría señales peligrosas sobre una capacidad disminuida de EEUU para regular, equilibrar y manipular la política internacional en Asia oriental. Claro está que Washington se da cuenta de que el cambio es inevitable, y su frustración proviene de que no puede cuadrar el círculo: controlar un mundo cada vez más incontrolable.

Estados Unidos sigue dedicado a mantener la *Pax Americana* en Asia oriental, pero los Estados de la región ven declinar inexorablemente la influencia estadounidense y están haciendo sus planes en consecuencia. Corea del Sur, por ejemplo, está reorientando sus fuerzas armadas, abandonando el énfasis en la amenaza del Norte para proyectar su fuerza contra una futura amenaza de Japón por medio de fuerzas navales y aéreas, submarinos, aviones de reconocimiento, satélites. El problema está en que al prepararse prudentemente para eventualidades semejantes, las naciones de Asia oriental pueden de hecho, y tal como lo teme Washington, precipitar la «renacionalización».

Sin saber qué hacer, los responsables de la política estadounidense proponen dos soluciones contradictorias. Dando por sentado que las democracias son intrínsecamente pacíficas entre ellas, una solución es que EEUU debe tranquilizar a Asia oriental democratizándola. Simultáneamente, la segunda

solución dice que como solamente el dominio americano puede asegurar la estabilidad de la región (como en Europa), EEUU debe mantener su hegemonía indefinidamente. Dejando aparte la cuestión de si puede alcanzarse alguno de esos dos objetivos, debería estar claro que proponer esas soluciones es tan inconsistente como asegurar simultáneamente (como lo hace la mayoría en las esferas de la seguridad nacional) que aunque las democracias no se amenazan entre sí, América tiene que seguir conteniendo a Alemania y Japón.

La esperanza y el temor que despierta el cambio económico en Asia oriental en los responsables de la política estadounidense ilustran las convicciones contradictorias que mueven la política de EEUU. Washington proclama el dinamismo económico de la costa del Pacífico, con la esperanza de que traerá democracia, paz y crecimiento económico a nivel mundial, pero a la vez le teme al milagro asiático. Sabe que así como un cambio económico engendra una variación en el poder político y militar, en la misma forma un orden económico particular está en peligro cuando la base en que se apoya (en este caso la hegemonía estadounidense) se debilita. En el vocabulario oximorónico de la diplomacia estadounidense, los «socios» fuertes son bienvenidos y ciertamente necesarios, pero el «liderazgo» estadounidense es indispensable. Zbigniew Brzezinski, quien desarrolló la idea de la división trilateral de la responsabilidad entre EEUU, Japón y Europa, pide que Washington desarrolle «una asociación más cooperativa» con Tokio, mientras afirma que América debe continuar controlando militarmente a Japón.

### Perdiendo terreno

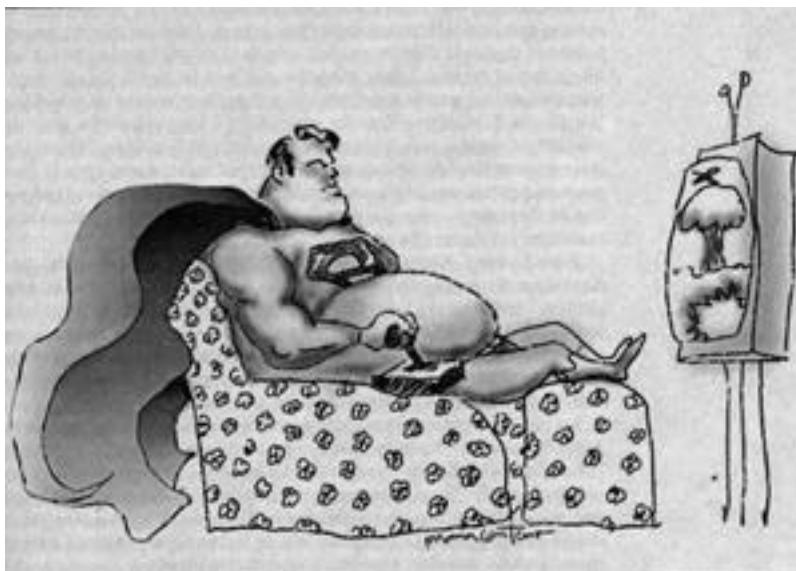
Hay algo mordaz y obtuso a la vez en el comentario de James Baker de que como a la política exterior del presidente Clinton le falta consistencia y firmeza «por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, Japón no ofrece un voto automático para la posición estadounidense.» Clavando su cabeza en la arena, el ex-secretario de Estado afirma que esos problemas podrían obviarse «en tanto EEUU lidere... Nosotros tenemos que liderar». Las acciones de Japón están ciertamente relacionadas con la decadencia del liderazgo norteamericano, pero esa decadencia no se debe a lo que Baker seguramente describiría como una política exterior débil de la administración Clinton. Independientemente de quién esté a cargo de su política exterior, EEUU cada vez es menos capaz de liderar. Parece que a Baker se le olvidó que el liderazgo estadounidense en la Guerra del Golfo sólo fue posible porque sus aliados aceptaron pagar la cuenta. Dado tal liderazgo, no resulta una sorpresa que «socios» alguna vez subordinados vayan cada vez más por su lado. El predominio no se hace valer simplemente: tiene que reflejar una posición basada en el poder. Cuando esa posición se mueve lo suficiente, el predominio –«el liderazgo»– se pierde.

Hace 78 años Lenin decía que el capitalismo internacional tendría éxito, pero que al crecer en un mundo de Estados en competencia, sembraría las semillas

de su propia destrucción. Irónicamente, el mismo sistema económico mundial que EEUU ha fomentado, determinó en gran medida la decadencia relativa del país al igual que ha contribuido a su crecimiento económico. A través del comercio, la inversión extranjera y la difusión de la tecnología y la competencia gerencial, el poder económico se ha difundido desde EEUU hacia nuevos centros de crecimiento, socavando así la hegemonía norteamericana y por último poniendo en peligro la economía mundial.

Prácticamente todo el mundo alaba la actual red mundial de comercio, producción y finanzas como la máxima etapa del capitalismo. Pero el capitalismo internacional puede estar acercándose a una crisis en el momento en que llega a su mayor florecimiento. Un mercado mundial auténticamente interdependiente es extraordinariamente frágil. Por ejemplo, las nacientes industrias de alta tecnología son los agentes más poderosos del crecimiento económico mundial, pero requieren un nivel de especialización y una extensión de mercados que sólo son posibles en una economía global integrada. Mientras la hegemonía estadounidense continúa debilitándose, las políticas exteriores y económicas renacionalizadas, entre las potencias industrializadas, podrían fragmentar la economía.

El futuro de una política exterior diseñada para fortalecer lo que EEUU debe contener, y al mismo tiempo mantener un orden económico que debilita la base misma de ese orden, parece evidente: colapsará bajo el peso de sus propias contradicciones. Estados Unidos sigue atrapado en el dilema que Kennan percibió hace más de cuarenta años: «Seguridad, ¿con qué fin? ¿Para continuar nuestra expansión económica? Pero nuestra expansión económica ... no puede ir mucho más allá sin ... crear nuevos problemas de seguridad nacional mucho más rápido de lo que podemos siquiera tener la esperanza de resolverlos». Para escapar de ese dilema, los estadounidenses tendrán que entender la política exterior que se conduce en su nombre y reexaminar los requerimientos de su propia seguridad y prosperidad.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista